
EL EJEMPLO FRANCÉS

Enrique Gomáriz

XXIX CONGRESO...



Ya antes de que los Borbones ganaran la guerra de sucesión en la primera mitad del XVIII, la influencia francesa en la vida política y cultural española era un hecho innegable. Sin necesidad de entrar en la discusión que ocupa a los historiadores sobre el verdadero alcance de esta influencia, es posible afirmar que, en los momentos en que la «Ilustración» ilumina Occidente, resulta imposible encontrar en España un estilo de vestir, de administrar o de pensar que no esté notablemente afrancesado. Más aún, lo realmente destacable es que tal influencia ha persistido en España mucho más que en el resto de Europa.

En efecto, no sólo en la Europa del Norte sino también en la mediterránea, la influencia francesa fue cesando conforme la problemática de la revolución burguesa dejaba paso, por una vía u otra, a la planteada por el desarrollo

de la lucha del *cuarto estado*. Entre los viejos marxistas era frecuente fijar la Comuna de París (1870), a la vez, como el punto de maduración de ese *cuarto estado* y con el último hecho sucedido en Francia que tendría una influencia

histórica en Occidente. De tal suerte que luego el movimiento socialista francés no ofrecería ningún modelo imitable en Europa y apenas tendría influencia sobre los restantes movimientos, a excepción de los correspondientes a los dos países de la Península Ibérica.

Así, por mucha que haya sido la influencia de Kaustky en el Partido de Pablo Iglesias, no puede compararse con la ejercida por el socialismo francés, desde Paul Lafargue hasta Jules Guesde. Después, el Frente Popular de León Bloum y el exilio de los socialistas españoles en Francia. Es decir, todas las condiciones históricas reunidas para ser especialmente sensibles a la victoria del Partido de François Mitterrand. Una victoria que, por lo demás, resulta el mayor éxito electoral e institucional de la izquierda europea, al menos desde la segunda guerra mundial.

Ahora bien, por muy interesante que sea la historia de la influencia francesa en la política española, no resulta menos apasionante la historia de los difíciles caminos por los que ha tenido lugar esa influencia. La *Enciclopedia* es quizás el mejor ejemplo al respecto.

Contra lo que pudiera pensarse, *L'Encyclopedie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des metiers*, fue traducida en España relativamente pronto. Por decirlo de forma más amplia, las traducciones de las obras francesas se pusieron rápidamente de moda en este país de ortodoxos. La explicación de esta paradoja consiste en que, con el siglo XVIII, la Santa Inquisición aprendió pronto que traía más complicaciones impedir tales traducciones, que permitir las después de operar en ellas los retoques necesarios para evitar la condenación de las almas. Así, cuando el impresor Sancha publicó las primeras traducciones de

La victoria del Partido de François Mitterrand resulta el mayor éxito electoral e institucional de la izquierda europea.

L'Encyclopedie, el inquisidor general ya las había depurado de acuerdo con su recto juicio.

Ciertamente, éste no es el único fenómeno francés que ha

sido traducido e interpretado en España de acuerdo a la ortodoxia. Y, desafortunadamente, éste parece ser también el destino del proceso que conduce hasta la Presidencia de la República a François Mitterrand, y a los socialistas franceses a la mayoría absoluta en el Parlamento. Lo grave es que, en este caso, la traducción acomodaticia de este hecho histórico —de consecuencias difíciles de prever en Europa— corre por cuenta de una ortodoxia poco admisible: la de izquierdas.

Y esta ortodoxia de izquierdas no ha perdido el tiempo: ya tiene la versión más conveniente de lo sucedido en Francia, para uso y consumo de la discusión política en España. La conclusión resultante, en este caso, es que el Partido Socialista francés ha operado de acuerdo con un modelo correcto de acceso al poder, cuya dinámica tiene una dirección claramente opuesta a la que sigue en España el PSOE. (Para ser justos, hay que decir que ésta es la conclusión que saca la ortodoxia clásica, porque la otra ortodoxia, la de la heterodoxia constante, la que practica la heterodoxia con la misma rigidez que los clásicos practican la ortodoxia, ha obtenido una conclusión distinta: la fórmula de Mitterrand es demasiado tradicional, luego no tiene ninguna importancia para Europa, prácticamente no existe).

Así, pues, la experiencia francesa supondría un modelo cuyos elementos fundamentales son los siguientes:

1. El PS francés ha mantenido plenamente su identidad y su programa, y ha esperado el tiempo necesario para que el pueblo francés, animado por la acción del propio PS, elija ese programa, en vez del presentado por la de-

recha. Naturalmente, en las propuestas del PS francés no se encontraban otras tareas que las que corresponden a un partido de izquierda, tanto en el sentido del cambio socioeconómico como en el de profundización de la democracia.

Por el contrario, la política seguida por el PSOE es la de acceder lo más rápidamente al poder, ablandando su programa y abriéndolo a sectores de la burguesía, los famosos sectores progresistas de UCD. Esta política se justifica afirmando que el PSOE tiene que realizar labores de consolidación de la democracia, dada la incapacidad de la burguesía española para gobernar en un sistema democrático estable.

2. La estrategia de acceso al poder del PS francés se basa en una política de alianzas cuyo eje es la unidad de la izquierda. El PSF ha obtenido la Presidencia y la mayoría de la Cámara mediante acuerdos directos con el PC, después de todas las tribulaciones del Programa Común, y a la hora de formar gobierno se ha apoyado en el PC y los radicales, contra la mayoría de derechas saliente.

Ahora bien, la política de alianzas del PSOE funciona en sentido inverso. Se busca impenitentemente —especialmente desde 1979— un pacto con los sectores progresistas de UCD, en la perspectiva de una fórmula gubernamental basada en la gran coalición. Y no alcanzando la minoría mayoritaria en las elecciones, sino antes: mediante la ruptura de UCD. Naturalmente, se rechaza prácticamente *a priori* la estrategia de unión de la izquierda, cuando es la única con posibilidades reales, como se ha puesto de manifiesto en el caso de los Ayuntamientos.

3. El PS francés ha encontrado la fórmula electoral adecuada, porque se ha dotado de un modelo organizativo en el que es posible la discusión inter-

na. Se trata de un partido con tendencias organizadas en torno a concepciones globales tan perfiladas como las de Rocard o Chevenemant.

Por oposición, el sólo planteamiento de esta cuestión en el PSOE ya levanta ampollas. Existe una actitud claramente contraria de parte de las actuales mayorías, ya no de la estructuración de tendencias, sino simplemente del funcionamiento regular de las corrientes de opinión. Así pues, el PSOE será un partido donde la política a seguir estará marcada por una mayoría conservadora, temerosa de ofrecer plataformas a las voces discrepantes.

Modelo de partido

Como los ortodoxos del pasado, los actuales de la izquierda hacen una traducción incompleta

El PSOE será un partido donde la política a seguir estará marcada por una mayoría conservadora, temerosa de ofrecer plataformas a los discrepantes.

de estos tres elementos del modelo, para luego encajarla sin más sobre la situación española. Intentaré mostrar los trucos de la operación,

comenzando por el último aspecto del problema.

En todo caso, soy consciente de que el tema de las corrientes internas es una cuestión que difícilmente tiene un tratamiento imparcial. Es decir, generalmente las minorías suelen plantear el establecimiento de corrientes mediante la proporcionalidad en los órganos de dirección, mucho más preocupadas por su propio futuro que por la situación presente del partido en que se encuentran. Difícilmente sucede que lleguen a la conclusión de que es necesario usar la proporcionalidad, después de un estudio detenido de las necesidades de participación del partido en su conjunto. Más bien llegan a esa conclusión motivados por sus propias necesidades. Y esto puede ser natural, pero es necesario subrayarlo.

Por otra parte, este tema está siendo tratado por quienes rechazan la pro-

porcionalidad de una forma que, muchas veces, se acerca demasiado a la tentación anatemizante, como si este asunto fuera realmente un tabú, que la sola reflexión sobre él pudiera ocasionar los peores males al partido.

Ahora bien, las experiencias habidas en otros partidos socialistas no arrojan resultados uniformes. No creo que sea exagerado afirmar que en el caso del Partido Socialista italiano, la cuestión de las tendencias llevó al partido a la desarticulación. Sin embargo, es un hecho innegable —a menos que se quiera forzar la realidad— que el partido francés, el de la rotunda victoria electoral, es una organización con corrientes internas proporcionalmente representadas en los órganos directivos de debate.

Ahora bien, es necesario no olvidar las particularidades del caso. En primer lugar, hay que retener que el PSF nace en 1971 sobre la base de la proporcionalidad de corrientes. Es decir que, en Francia, la renovación del socialismo contra Guy Mollet parte de un reagrupamiento de opciones que se oponen a la mayoría de la dirección de la SFIO. Y en el Congreso de Epinay, los días 11, 12 y 13 de junio de 1971, la victoria de la proporcionalidad es el mecanismo concreto que tienen que utilizar los renovadores para desplazar a Guy Mollet. Esta es una experiencia muy distinta de otros partidos históricos y también respecto del proceso de renovación del socialismo español.

Esta singularidad del PSF tiene luego un desarrollo pendular. Se va acentuando la estructuración de tendencias hasta llegar a que cada una de ellas tenga su propia estructura orgánica, con aparato de propaganda y reuniones orgánicas por separado. Pero después del éxito de las elecciones municipales de 1977 y ante la posibilidad de ganar las legislativas de 1978, el pro-

pio Mitterrand impone una marcha atrás en el proceso: «Ya tengo bastante de corrientes y querellas intestinas —dirá—, yo quiero un partido capaz de asumir el poder, responsable y coherente.» Y en el Congreso de Metz obliga al Ceres a deshacer su infraestructura, aunque para ganar el combate contra la alianza Mauroy-Rocard tenga que ofrecer puestos en la dirección a aquella corriente.

Pero lo que, a mi juicio, ha permitido al PSF funcionar incluso en los momentos de mayor estructuración de tendencias, ha sido el efecto compensador de su presidencialismo interno. Esto es, el tener no sólo de hecho, sino estatutariamente un poder en las alturas que aterrizaba para mediar. Un fenómeno que, desde luego, concuerda bastante con el actual presidente de la República francesa.

En todo caso, es difícil sostener que existe una relación entre victoria electoral y existencia de tendencias, o, recíprocamente, que la existencia de tendencias impida la victoria electoral. Desde este punto de vista, cabría preguntarse si sería necesario repetir la experiencia interna del PSF para que se diera más participación individual, más crítica democrática y menos seguidismo —e incluso clientelismo— en las filas del PSOE. Yo tengo al respecto serias dudas. Más aún, estoy convencido de que recapacitar sobre la proporcionalidad y las corrientes de opinión en el socialismo español es algo que ha de hacerse pensando si ello contribuye o no a la agilización y al vuelco hacia el exterior del partido, en nuestra coyuntura política, y en ese sentido la experiencia francesa no tiene mucho que ver con nuestros parámetros.

**Es difícil sostener
que existe una relación
entre victoria electoral
y existencia de tendencias,
o que éstas impidan tal victoria.**

El camino al poder

Pero la interpretación del ejemplo francés por nuestros ortodoxos resulta

menos serio cuando gira en torno a las cuestiones estratégicas. Primero, porque no es correcta la imagen que presentan del modelo pero, sobre todo, porque su adaptación a la situación española es simplemente un ejercicio mágico.

Sobre la experiencia francesa se dice que el PSF ha mantenido su imagen y su programa, y ha esperado el tiempo necesario, sin apresuramientos, para que el electorado aceptara la opción socialista, sin que se abriera a planteamientos burgueses ni a resolver tareas de la burguesía.

Cabría preguntarse qué quiere decir acceder al poder sin apresuramientos. Porque precisamente el caso francés es un modelo de acceso meteórico al poder. ¿Qué partido en Europa ha ganado las elecciones presidenciales en la segunda ocasión en que se presenta? Excepto el caso portugués, llevado al poder por la *revolución de los claveles*, no conozco ningún partido socialista que haya ido tan rápido: tres eventos electorales (presidenciales de 1974, legislativas de 1978 y presidenciales de 1981) pero sólo dos comparables: las presidenciales, dado el carácter constitucional de la V República.

El hecho de que los períodos presidenciales duren siete años ha obligado a los socialistas a esperar más que en otros países para lanzarse a la arena electoral. Pero es difícil afirmar que al partido de François Mitterrand no le hubiera gustado que el período fuera mucho más corto. De hecho, Mitterrand buscó todos los medios posibles para ganar las legislativas del 78, y, desde esa posición, bloquear al presidente Giscard hasta obligarlo a adelantar las presidenciales. Y no hay nada negativo en afirmar que, también por razones personales, François Mitterrand tenía bastante prisa por llevar a los socialistas al poder.

Se dice, además, que ha mantenido el

¿Qué partido en Europa ha ganado las elecciones presidenciales en la segunda ocasión en la que se presenta?

mismo nivel de exigencias en su programa. Bueno, esto sólo puede afirmarse por mera ignorancia o porque no se quiere comparr el programa electoral

del candidato Mitterrand en 1974 (Programa común), y el de 1981 (Programa del socialista Mitterrand).

La victoria de Mitterrand ha planteado, desde luego, una discusión entre los analistas franceses. Porque, dos meses antes de los comicios, se afirmaba en bastantes círculos que Michel Rocard tenía más posibilidades de ganar que el actual presidente de la República. Sin embargo, los análisis posteriores ponen seriamente en duda tal supuesto. En primer lugar, porque Rocard hubiera tenido que ganar, igualmente, usando de los votos comunistas en la segunda vuelta. ¿Hubieran corrido hacia el denostado Rocard como han corrido hacia el respetado Mitterrand? Es difícil asegurarlo. Pero además, por razones más referidas al ánimo existente en la sociedad civil. El primer secretario del PSF, Lionel Jospin, me refería cuarenta y ocho horas después de la victoria en las legislativas, que la campaña presidencial no había utilizado el lenguaje ni las proposiciones modernistas. Y todo apunta a que, ciertamente, la respuesta más clásica, utilizando la acción estatal como antídoto de la crisis, con un cierto tono de radicalismo tradicional, ha conectado bien con la actitud a la defensiva de buena parte de la fuerza de trabajo (en un país donde su 80 por 100 es asalariada). Al menos, ésa es la imagen del estilo gubernamental (Mauroy, Defferre) que ha tenido el socialismo desde la victoria en las presidenciales hasta las legislativas, que tan buen resultado ha dado.

Es, pues, cierto que posiblemente el programa electoral del candidato Rocard hubiera sido distinto. Y es cierto también que difícilmente se puede asegurar que hubiera ganado con más fa-

ilidad que Mitterrand, dada la distribución de fuerzas políticas en Francia. Pero una cosa es eso y otra, muy otra, afirmar que el partido de François Mitterrand no tenía prisa por llegar al poder y no ha moderado su programa desde 1974. Lo que sucede es que, en las circunstancias francesas, no ha podido forzar más la marcha. Pero el salto es, como dije, meteórico: un partido que gana la Presidencia a la segunda ocasión y sólo diez años después de fundarse (no hay que olvidar que el Partido Socialista existía antes de 1971; el grupo de la SFIO obtuvo el 5,1 por 100 de los sufragios en las elecciones de 1969).

Pero cuando esta experiencia trata de trasladarse a España es cuando la discusión pierde incluso el interés.

¿Qué relación puede tener la lucha política en un país cuyo sistema democrático está sobradamente rodado, con España, donde la lucha comporta

precisamente la consolidación de la democracia? No voy a detenerme en discutir hasta qué punto el escenario es completamente distinto, aunque parece que todavía resulta difícil a nuestros ortodoxos sacar todas las consecuencias de esta diferencia. Simplemente diré que, respecto al objetivo prioritario (la consolidación de la democracia), la cuestión en España se sitúa en estos términos: ¿resuelve mejor esta tarea el gobierno de UCD, o un gobierno con participación socialista? Si la respuesta escoge la segunda opción, y todo el mundo estuvo de acuerdo después del 23 de febrero, entonces habría que criticar al PSOE no por tener prisa en llegar al poder, sino por no haberlo logrado ya. Se ha dicho muchas veces que la feliz idea, que a todos se nos ocurrió en algún momento, de dejar a la derecha en el poder para que se desgastase con la crisis, y luego acceder al Gobierno en las mejores condiciones posibles, simplemente no

funciona. Unión de Centro Democrático no es capaz de resolver la crisis y no tiene capacidad de gobierno para estabilizar la democracia. El peligro está, pues, en no acceder al poder lo más rápidamente posible.

Pero esta incapacidad de la derecha por establecer representaciones políticas con capacidad de gobierno en un contexto democrático no es precisamente nueva. Por eso, como en los años treinta, cae sobre el Partido Socialista la tarea histórica de hacerle el rodaje al sistema democrático, algo que en otros países y, desde luego, en Francia, hizo la burguesía. Con la diferencia, además, de que, en esta ocasión, nadie quiere en España que la década siguiente deje de ser democrática.

Alguien ha dicho que cuando se discute sobre el ejemplo francés hay

Según los ortodoxos de izquierda, el PSF ha seguido un camino correcto al poder porque se ha apoyado en las fuerzas de izquierda y no en la Derecha.

quienes olvidan que España no tuvo nunca su Robespierre. Se puede ir más allá y afirmar que, en Francia, los socia-

listas no sólo tienen que hacer el rodaje de las instituciones democráticas, sino que incluso pueden adoptar algunas de las orientaciones que la burguesía nacionalista desarrolló en décadas anteriores, como es el caso de Mitterrand respecto a la política exterior mantenida por De Gaulle. En España pocas cosas se pueden seguir, ni de la burguesía multinacional, ni de la nacional. Al menos, yo no puedo imaginarme qué herencia puede haberle dejado Franco a Felipe González.

Política de alianzas

Según los ortodoxos de izquierda, el PSF ha seguido un camino correcto al poder porque se ha apoyado en las fuerzas de izquierda y no en la derecha, como busca hacer el PSOE. La política de unidad de la izquierda es así la única viable, como demuestra la experiencia municipal en España.

De nuevo la transcripción resulta sospechosa. Las condiciones y las causas que llevan al PSF a firmar en 1974 el Programa Común de la izquierda nada tienen que ver con la situación española. En Francia, a comienzos de los sesenta, era imposible llegar al poder sin contar con los comunistas, entre otras razones porque se daban un conjunto de circunstancias destacables: el hecho de que el sistema sea presidencialista y a dos vueltas; el hecho de que el PCF era entonces, dada la debilidad socialista, perderse en la nada o perderse en una alianza suicida con la derecha.

Ahora bien, no hay que olvidar que la victoria de 1981 tiene lugar después de la ruptura de la unión de la izquierda. Como me comentaba un conocido líder del CERES: «No hay duda de que buena parte del éxito socialista se lo debemos al PCF, y no precisamente por su apoyo unitario.» Se puede afirmar que, desde que el 22 de septiembre de 1978 la dirección del PSF decide no acceder a las peticiones comunistas para rehacer el Programa Común, los socialistas franceses no han hecho otra cosa que progresar en una política autónoma. Ciertamente, no una política cerrada a los acuerdos puntuales con un PC que, de todas formas, tiene el 17 por 100 de los votos, pero es incontestable que François Mitterrand era, en 1981, el candidato socialista y no el candidato de la unión de la izquierda.

De todas formas, tampoco hay que exagerar en cuanto a la importancia que tuvieron las operaciones políticas de la izquierda en cuanto a los resultados electorales. Es un lugar común decir que quien derrotó a Giscard fue más bien la crisis de la derecha. Es cierto que una crisis de la derecha no lleva automáticamente a una victoria de la izquierda, al menos tan sonada, si bien es evidente que el sistema presidencia-

lista empuja precisamente a eso. Pero el atractivo que el candidato Mitterrand ha tenido para muchos viejos *gaullistas* se basaba, entre otras razones, en el hecho de que *no* era el candidato de la unión de la izquierda.

Ahora bien, en modo alguno puede equivocarse esta situación con la existente en España. La correlación de fuerzas a nivel electoral nada tiene que ver con la existente entre PSF y PCF en 1974. Por otra parte, en el ámbito sindical las relaciones entre CGT y CFDT no son de igual a igual como ya son entre CC.OO. y UGT. Esta hegemonía política del PSOE tiene un contexto electoral notablemente distinto: la nuestra es una Constitución parlamentaria. En definitiva, es muy difícil afirmar que, en estas condiciones, François Mitterrand no hubiera hecho una política netamente autónoma.

Pero los factores enumerados dejan de ser abstractos cuando los situamos en el contexto político existente: es decir, en una coyuntura caracterizada por la inestabilidad de la democracia. Es la propia dirección del PCE quien afirma que en España sería una aventura hacer una política de unidad de la izquierda. Y sabiendo que no podrá acceder al Gobierno ofrece una fórmula de apoyo parlamentario. Pues bien, con él cuenta el PSOE. Pero a la hora de preparar una política de gobierno —algo de cuya urgencia no es necesario argumentar de nuevo— la política de alianzas va por otros caminos.

Después de que Calvo-Sotelo rechazara la oferta de coalición que todos apoyamos, no parecen quedarle muchos caminos al PSOE para acceder al poder que no sean las próximas elecciones (a no ser que se presenten nuevas situaciones críticas). Pero

incluso en el mejor de las hipótesis, que el PSOE obtuviera la posición que hoy tiene UCD, los socialistas están obligados por las circunstancias a bus-

Los socialistas están obligados por las circunstancias a buscar alianzas parlamentarias y de gobierno entre la Derecha democrática.

car alianzas parlamentarias y de gobierno entre la derecha democrática. Y la situación se pondrá más difícil si no lo logra.

Son estos los parámetros que dan sentido a la discusión entre los socialistas españoles. Y no lanzarse a la busca de fórmulas mágicas en traducciones acomodaticias de otros proce-

sos históricos. Afortunadamente, la gran mayoría del PSOE discute según esos parámetros. Y es a propósito de esta discusión, es decir, en cómo llevar adelante esa fórmula gubernamental, donde se señalan los límites entre la verdadera izquierda y la derecha del socialismo en la España de 1981.
